



























principio desconfiaba de la felicidad, que consideraba un poco kitsch; le bastaba con estar más o menos satisfecha. Richard había pasado una larga temporada en Brasil y estuvo casado con una joven voluptuosa, a juzgar por una foto de ella que Lucía había visto, pero aparentemente nada de la exuberancia de ese país o de esa mujer se le contagiaron. A pesar de sus rarezas, Richard caía siempre bien. En la descripción que le hizo a su hija, Lucía dijo que era liviano de sangre, como se dice en Chile de quien se hace querer sin proponérselo y sin causa aparente. «Es un tipo raro, Daniela, fíjate que vive solo con cuatro gatos. Todavía no lo sabe, pero cuando yo me vaya le tocará hacerse cargo de Marcelo», agregó. Lo había pensado bien. Iba a ser una solución desgarradora, pero no podía acarrear por el mundo un chihuahua anciano.

Penguin Random House